

Contra las formas de poder

Por Octavio Zaya

Nacida en La Habana (Cuba) en 1968 –ese año de levantamientos contra el sistema establecido, engaño político e importantes sucesos mundiales– Tania Bruguera ha ganado reputación internacional gracias a un conjunto de trabajos que, en general, analiza sucintamente, se desarrolla y proyecta en torno a las relaciones entre el poder y el deseo. No viene al caso saber si es o no la artista cubana más aclamada o importante de su generación. Lo que me parece innegable es que su obra reúne la repercusión psicológica y emocional, la profundidad conceptual y la innovación formal que han caracterizado a los artistas cubanos que comenzaron a recibir atención internacional en los años noventa.

Durante toda su breve pero prolífica carrera, Tania Bruguera ha expresado el poderoso deseo de contribuir a una forma de arte, y de vida, dadas, basada en un esfuerzo sostenido, y en parte alcanzado, de transformar ese deseo en realidad. Pero aun es muy pronto para conclusiones o para una evaluación definitiva de Tania Bruguera y su obra de arte. Estoy seguro de que no ha dicho y hecho todo en su trabajo en curso donde indiscutiblemente queda mucho aún por venir. También estoy seguro de que otras voces y otras evaluaciones, que todavía no se han escuchado o aún no han surgido, ayudarán a revelar y a acercarnos más a las ideas, lenguajes y prácticas de esta extraordinaria artista. También es difícil, en sólo un corto tributo, calibrar la complejidad de una artista que se mueve entre tantas disciplinas, cuyo trabajo continúa provocando tantas dudas sobre la identidad personal y que cuestiona los propios conceptos de “verdad” y “certeza”.

A pesar de todas esas circunstancias, Bruguera ya ha producido un significativo corpus de obras que continúa mereciendo premios y reconocimientos; una obra tejida en la convicción de que nuestra historia personal debe comprenderse dentro del contexto de la experiencia histórica y social; una obra frecuentemente efímera, sin patrones o esencialismos estables, que aborda del mismo modo temas relacionados con experiencias femeninas y asuntos de emigración, cuestiones políticas y problemas culturales, recuerdos personales y acciones violentas. El tema recurrente, el leitmotiv de todas las obras –independientemente de sus formatos y medios– examina y circula en torno a la repercusión que los mecanismos de poder, ideología y discurso político tienen en nuestras vidas y acciones, en nuestras opciones y comportamiento. Según Bruguera, al final, sólo el cuerpo, nuestro cuerpo, nos brinda el medio de expresarnos o de resistir. Y es el cuerpo lo que utiliza Bruguera como instrumento, el lugar donde ubica sus pensamientos y sus emociones, donde ha desarrollado su obra más brillante y notable.

Resulta difícil plantearse la actividad creadora de Tania Bruguera o acercarse a su obra sin referirse a Cuba, a la insularidad y a lo que puede acondicionarse o inspirarse en la experiencia de crecer y ser educado en la institucionalización o el proceso de esclerotización, en su deterioro irreversible y progresivo y en su consecuente transformación autoritaria. Puede que las obras más desafiantes de Bruguera reflejen –cuando no se relacionan directamente– ese “experimento” irrepetible. Su aclamada *El peso de la culpa*, donde Bruguera tomó de una leyenda de la guerra cubana de independencia para proyectar una desesperada petición de libertad mediante el suicidio, pertenece a su primera serie de performances, conocida como *Memorias de la postguerra*. Y otras piezas icónicas a lo largo de su carrera, desde *Estadísticas* hasta *El cuerpo del silencio*, exudan igualmente una preocupación persistente y profundamente problemática por Cuba.

Sin embargo, la obra que resume la condición de un régimen que fomenta y prolifera el discurso y los significados revolucionarios al tiempo que confina de modo abyecto a cualquiera que individual o colectivamente intente practicarlos, es una de las obras maestras de Tania Bruguera. *Sin título (Habana)*, el conmovedor y mordaz evento-performance que Bruguera presentó en la Bienal de La Habana de 2000, fue cerrado por las autoridades cubanas después de un solo día. Bruguera llenó un espacio oscuro, similar a un túnel, de una antigua prisión militar con una capa de trozos de caña de azúcar que se pudrían bajo nuestros pies según avanzábamos a lo largo del lugar de olor acre hacia una luz parpadeante. Sólo cuando volvimos la vista hacia la entrada, o cuando nos acercamos más a la luz, que resultó ser un video en que aparecían secuencias de discursos de Fidel Castro, descubrimos fantasmales figuras desnudas que gesticulaban y aparecían y desaparecían a nuestro alrededor.

Desde 2000, y especialmente después de la acción-instalación que presentó en Documenta 11 (Kassel 2002), Bruguera se centra en evocaciones y representaciones que llevan a la acción, acción que en ocasiones es deliberadamente agresiva. En estas nuevas obras, como a lo largo de su carrera, Bruguera procura recrear la dinámica en que el poder se ejerce para proyectar nuestra relación con él, revela verdades particulares que nos afectan igualmente a todos y descubre relaciones políticas donde parecen insospechadas. De modo que su obra es una lucha contra las formas de poder que transforma su actividad artística, y la transforma a ella, entre su objeto e instrumento en la esfera del conocimiento, la conciencia y el discurso. Ya no encontraremos su actividad artística en sus "obras", sino en su arte como vida, en su conciencia ética, en su relación con la historia y con la esperanza del deseo.

El peso de la culpa es una obra relacionada con un acto histórico que refería a una práctica similar de suicidio por los indígenas de la isla frente a la presión de la invasión española y no se toma de una leyenda de la guerra cubana de independencia como se menciona en el texto.

Memorias de la Postguerra no pertenece a la primera serie de performance de Tania Bruguera sino a una serie en la cual la artista crea un periódico independiente como una obra de arte.